

Pablo VI. Hombre de misericordia por ser un auténtico servidor del Evangelio

Hna. Enrica Rosanna, f.m.a.

Colaboradora del Centro internacional de estudio y documentación del "Instituto Paolo VI", Brescia.

Para entender la calidad de la misericordia del Beato Pablo VI es necesario excavar con valentía dentro de su larga y laboriosa vida entretrejada de obediencia ordinaria a la voluntad del Padre misericordioso, pero también en tantos textos proféticos de caridad que son todavía hoy para nosotros una escuela de misericordia.

Papa Francisco, en la Bula de convocación del Año de la Misericordia, recuerda que la fecha del 8 de diciembre, cuando iniciará el Año jubilar, también es el L aniversario de la conclusión del Concilio Vaticano II y se apoya en las palabras de Pablo VI: "Queremos [...] notar cómo la religión de nuestro Concilio ha sido principalmente la caridad [...]. Toda esta riqueza doctrinal (del Concilio) se vuelca en una única dirección: servir al hombre. Al hombre en todas sus condiciones, en todas sus debilidades, en todas sus necesidades" (Pablo VI, *Alocución en la última sesión pública*, 7 de diciembre de 1965).

Pablo VI estaba convencido que para servir al hombre debemos acercarnos a la fuente de la caridad y de la misericordia: el Señor Jesús. Nos es familiar su bella invocación: Tú nos eres necesario, Oh Cristo.

TÚ NOS ERES NECESARIO, OH CRISTO

"Oh Cristo, nuestro único mediador,

Tú nos eres necesario: para entrar en comunión con Dios Padre;
para ser contigo, que eres Hijo Único y Señor nuestro, sus hijos adoptivos;
para ser regenerados por el Espíritu Santo.

Tú nos eres necesario, oh único verdadero maestro de las verdades recónditas e indispensables de la vida, para conocer nuestro ser y nuestro destino, el camino para conseguirlo.

Tú nos eres necesario, oh Redentor nuestro,
para descubrir nuestra miseria y para curarla;
para tener el concepto del bien y del mal y la esperanza de la santidad;

para deplorar nuestros pecados y conseguir el perdón.

Tú nos eres necesario, oh hermano primogénito del género humano, para volver a hallar las razones verdaderas de la hermandad entre los hombres, los fundamentos de la justicia, los tesoros de la caridad, el bien sumo de la paz.

Tú nos eres necesario, oh gran paciente de nuestros dolores, para conocer el sentido del sufrimiento y para darle un valor de expiación y redención.

Tú nos eres necesario, oh vencedor sobre la muerte, para liberarnos de la desesperación y la negación y para tener certezas que no traicionan en eterno.

Tú nos eres necesario, oh Cristo, oh Señor, oh Dios-con-nosotros, para aprender el amor verdadero y para caminar en el gozo y en la fuerza de tu caridad, por el camino de nuestra vía llena de fatigas, hasta el encuentro final contigo, amado, contigo, esperado, contigo, bendito por los siglos” (Card. Giovanni Battista Montini, Carta pastoral en la archidiócesis de Milán, 1955).

¡El amor por Cristo, la Caridad, la Misericordia!

El Jueves Santo de 1961 el Cardenal Montini se dirigía a los sacerdotes, diciendo: “Nosotros estamos llamados a un amor exagerado” y en la audiencia del Miércoles Santo del mismo año: “Haz que su amor sea inmenso, capaz de amar a todos, el bueno porque es bueno, el malo porque debe ser comprendido como tale, el grande porque debe ser estimado como grande pero todo en un mismo principio que es el amor [...]. Haz que tu corazón sea [...] inmenso, capaz [...] de amar a todo el mundo, al bueno porque es bueno, al malo para sanarlo, al pequeño porque debe ser comprendido tal como es, al grande por su verdadera grandeza; a todos con un mismo principio: el amor”.

Hablando a los Superiores Mayores, el 13 de noviembre de 1969, así se preguntaba:

¡La caridad! ¿No es esto el fin de la vida religiosa, su ejercicio constante, su verdadero signo, su término beatificante? ¿No es quizás esta vuestra cualificación, vuestro esfuerzo continuo, vuestra aspiración más profunda? La caridad es vuestro bien, nos gustaría repetir con san Juan Crisóstomo: *Bonum enim vestrum est dilectio, fraternus amor, coniunctio et colligatio, vita in pace et mansuetudine acta* (In ep. Ad Rom., hom. XXVI, 17;

MG 60, 638). La caridad es el propósito de su vida crucificada, y escondida con Cristo en Dios, y hace de toda la maravillosa variedad de vuestras familias religiosas, aquí por vosotros tan digna y prestigiosamente representadas, el máspreciado tesoro, que les hace surgir como de una única fuente y le unifica en una sola huella, a pesar de la diversidad de las condiciones históricos, religiosas, psicológicas, en el que nacieron. La caridad, por tanto, que deputa servicio a la Iglesia. Lo ha subrayado el Concilio, cuando ha dicho: “como los consejos evangélicos, mediante la caridad hacia la que impulsan (Cf. Santo Tomás, *Summa Theol.* II-II, q. 184, a 3 y q. 188 a. 2.), unen especialmente con la Iglesia y con su misterio a quienes los practican, es necesario que la vida espiritual de éstos se consagre también al provecho de toda la Iglesia. De aquí nace el deber de trabajar según las fuerzas y según la forma de la propia vocación, sea con la oración, sea también con el ministerio apostólico, para que el reino de Cristo se asiente y consolide en las almas” (*Lumen Gentium*, 44).

Leo del Documento *Alegraos*: «La vida consagrada en efecto es una continua llamada a seguir a Cristo y a conformarnos a Él [...] La señal de Cristo está en nuestra frente y en nuestro corazón [...] en nuestra frente para confesarle siempre, y en nuestro corazón para amarle [...] en nuestro brazo para hacer el bien”.

Conformados a Jesús somos llamados a manifestar a los ojos de los hombres el primado del amor de Dios: un amor recibido y donado.

“Nosotros somos amados —escribe Pablo VI— somos bien queridos, somos pensados, somos queridos por Dios; Dios vigila sobre nosotros más que una madre vigila sobre su niño”.

Y es propiamente la contemplación de este amor gratuitamente recibido, la escuela para aprender, a nuestra vez, a amar y amar a todos sin condiciones, ... como Jesús. Como Jesús, y me atrevo a decir, como Pablo VI. Él, de hecho, es testigo de esta amor sin confines vivido con magnanimidad a través de tantos gestos concretos de misericordia. Él es el hombre de misericordia porque es auténtico servidor del Evangelio.

¡Cuántos gestos de misericordia en la vida de Pablo VI!

Quiso encontrar a hombres y mujeres de cada continente, clase social, religión, porque la misericordia abraza a todos, el Papa es padre de todos.

Fue el primer Papa en regresar a la Tierra Santa de Jesús, en 1964. Una peregrinación estupenda, caracterizada por el histórico abrazo con el Patriarca Atenágoras. La actitud misericordiosa ante los sacerdotes en dificult-

tad vocacional. La toma de distancia hacia autores de publicaciones (libros y artículos) antes reprimidos...

Aquella de Pablo VI fue una caridad misericordia de 360°.

Caridad misericordiosa que no desprecia ni humilla jamás la dignidad de la persona, de cada persona

Presentó su Carta a los “hombres de las Brigadas Rojas” (21 de abril de 1978) para implorar la liberación del amigo Aldo Moro:

Os escribo a vosotros, hombres de las Brigadas Rojas: restituid al hon. Aldo Moro a la libertad, a su familia, a la vida ciudadana.

Yo no os conozco ni tengo modo de tomar algún contacto con vosotros. Por ello os escribo públicamente, aprovechando el margen de tiempo que queda aún antes de cumplirse el plazo de la amenaza de muerte que anunciasteis contra este hombre bueno y honrado, a quien nadie puede inculpar de ningún delito ni acusar de poca sensibilidad social, o de no haber estado al servicio de la justicia y de la civil y pacífica convivencia.

No tengo ningún encargo respecto de él, ni me ata ningún interés privado hacia su persona. Pero lo amo como miembro de la gran familia humana, como amigo desde que era estudiante, y a título completamente único, como hermane en la fe e hijo de la Iglesia de Cristo.

Me dirijo a vosotros precisamente en este nombre supremo de Cristo, que a buen seguro no os es desconocido a vosotros, adversarios ignotos e implacables de este hombre digno e inocente; y os lo pido de rodillas: Liberad al hon. Aldo Moro, sencillamente, sin condiciones, no tanto por mí intercesión humilde y afectuosa, sino por su dignidad de hermano nuestro y vuestro en humanidad, y también en pro del auténtico progreso social, que quiero esperar tenga fuerza en vuestra conciencia, un progreso que no debe mancharse con sangre inocente, ni sufrir el tormento de dolores superfluos.

Demasiadas víctimas hemos tenido que llorar ya lamentando la muerte de personas caídas en el cumplimiento del propio deber. Todos debemos tener temor del odio que degenera en venganza o se dobliga hasta caer en sentimientos de desesperación degradante.

Y todos debemos temer a Dios vengador de quienes murieron sin motivo y sin culpa.

Hombres de las Brigadas Rojas: dejadme que yo, intérprete de tantos compatriotas vuestros, pueda alentar la esperanza de que todavía se albergan en vuestros espíritus sentimientos de humanidad que al fin triunfen.

Yo espero la prueba de ello rezando y también amándoos siempre.

Caridad misericordiosa que se ha cargo de los grandes dramas de la humanidad

“Todo hombre es mi hermano” escribía en el Mensaje para la IV Jornada de la Paz (1 de enero de 1971):

La paz verdadera debe fundarse en la justicia, en la idea de la intangible dignidad humana, en el reconocimiento de una igualdad indeleble y feliz entre los hombres, en el dogma basilar de la fraternidad humana. Es decir, en el respeto, en el amor debido a todo hombre, por el solo hecho de ser hombre. Irrumpe aquí la palabra victoriosa: por ser hermano. Hermano mío, hermano nuestro.

Significativo es un autógrafo, parcialmente inédito hasta el momento, publicado en *L'Osservatore romano* el 19 de agosto 2015. Es un llamamiento de Pablo VI a la conciencia del mundo en marzo de 1971 para dar voz a los millones de refugiados que huían Pakistán para escapar de las masacres de la guerra civil.

Debemos hablarles, una vez más, del sufrimiento ajeno, confiando en su comprensión y generosidad. Nuestro ministerio nos obliga ser los intérpretes de necesidades inmensas, que no dejan tranquila la conciencia a quien llega su voz: es la voz de lamentación, gemido y súplica.

Es la de los refugiados. Los refugiados y las poblaciones del oriente de Pakistán; son millones de seres humanos en condiciones de extrema necesidad. Ha caído, desventura tras desventura, sobre esta pobrísima gente. Las noticias no faltan y nos dan números espantosos que nos hacen ver la desproporción desalentadora entre la grandeza de las dolencias y la cantidad insuficiente de ayudas. Tenemos que despertar el sentido de humanidad del mundo, nos han dicho, para salvar la vida de innumerables seres humanos al borde de la muerte. Las asociaciones públicas y también privadas, también las nuestras, están trabajando, pero ¿cómo pueden impedir las consecuencias de tragedias superiores a sus medios? Parece no ser demasiado esperar que el mundo se conmueva y mande las ayudas indispensables: comida, ropa, medicinas, dinero. E incluso voluntarios que se pongan a disposición en una aventura piadosa y valiente del samaritano del Evangelio.

Caridad que ha abierto camino al ecumenismo y al diálogo impensable hasta entonces

El encuentro y el abrazo valiente y lleno de afecto (en 1964) con el Patriarca Atenágoras. Y luego (1975) en la Capilla Sixtina, el gesto reparador

del beso de los pies del Metropolitano de Calcedonia Melitón, representante de Atenágoras. El gesto hacía referencia a la ambición del Papa Eugenio IV, que en el Concilio de Florencia de 1439 había pedido, sin obtenerlo, el *beso del pie* por los patriarcas ortodoxos.

Caridad misericordiosa y magnanimidad de perdón

Leo de su testamento: “Ahora que la jornada llega al crepúsculo y todo termina y se desvanece esta estupenda y dramática escena temporal y terrena, [...] si no me acordase de pedir perdón a cuantos haya podido ofender, o no servir, o no amar bastante; e igualmente si no me acordara del perdón que algunos puedan desear de mí”.

Un hecho, al respecto, me ha conmovido mucho

Escribe el periodista Carlo Di Cicco (entonces Vice-director de *L'Osservatore romano*):

Era martes, 1 de agosto de 1978. Como de ordinario, el Papa se había trasladado a Castel Gandolfo. Cinco días después, Transfiguración del Señor, Pablo VI habría muerto. También para mí había llegado el momento para las vacaciones. Pero como periodista vaticanista, me acompañaba una inquietud sutil que dejó suspendida la decisión de salir o quedarme. La visita del Pontífice, anunciada casi por sorpresa, a la tumba del cardinal Giuseppe Pizzardo, en el pueblito de Frattocchie, podría ser una buena oportunidad para verificar su estado de salud.

Esa tarde esperando la llegada del Papa, estábamos dos reporteros de agencia, empujados por el escrúpulo profesional. No podíamos imaginar que así seríamos los últimos reporteros que hablasen con él fuera del vaticano.

Entre nosotros cavilamos, pero no podíamos coger el sentido de aquella visita que el mundo informático consideraba de menor interés: rezar sobre la tumba de un cardenal muerto hace ocho años y que ahora casi nadie recordaba.

Esperando al Papa, un prelado nos recordó que precisamente por sus aperturas valientes Montini había tenido que sufrir a causa aquel purpurado. La tumba de Pizzardo se encuentra a poca distancia de la residencia papal del verano. Todavía Pablo VI, en los ocho años después de la sepultura nunca había ido allí. ¿Por qué —nos preguntábamos— pasaba esto, después de la amargura provocada en mayo por el asesinato de Aldo Moro y sus peticiones a Dios por su amigo asesinado, formuladas con la fuerza bíblica

de los antiguos profetas después de la homilía en la Solemnidad de San Pedro y san Pablo, una especie de testamento, en la cual el pontífice había subrayado que su vida llegaba al final?

Fue así que decidimos preguntar directamente a Pablo VI. En la confusión creada en la pequeña iglesia al final de la oración y de las palabras pronunciadas por el Papa sobre la fe, lo logramos en un breve momento.

Nos acercamos, y con el altar entre nosotros y él, le preguntamos la razón de la visita. El respondió, sereno y en paz, que la reconciliación era un valor cristiano también para un Papa. Palabras que nos llenaron de luz. Miramos con otros ojos al Pablo VI, quien nos pareció cansado pero tranquilo. Fuimos para esperarle a la curva de Frattocchie, donde en la ralentización necesaria del coche abierto lo miramos la última vez hundido: nos vio y pareció darnos una despedida. Quedamos tan inquietos que, a pesar de la breve audiencia general del día siguiente en el Palacio Apostólico y el encuentro del 3 de agosto con el Presidente Pertini, pedí con insólita insistencia al vice-director de la sala de prensa de la Santa Sede, en ausencia del director, que nos confirmara sobre la salud del papa. Me tranquilizó varias veces. No era tan convencido y sin hacerme la maleta empecé la feria domingo 6 de agosto quedando en Roma. Esta tarde se difundió la noticia de la muerte de Pablo VI.

El examen de los gestos podría seguir: el encuentro con los encarcelados, con los discapacitados, con los moribundos recibidos por la Madre Teresa de Calcuta. . . Sería necesaria una enciclopedia para enumerarlos todos.

Caridad que es la atención considerada para los lejanos

Para concluir esta nota no puedo dejar de citar una carta: la que escribió “a los alejados” durante la misión de Milán (7 noviembre de 1957).

La carta a los lejanos empieza así: “Queridos hermanos alejados, perdónennos”. Y sigue:

Quando se acerca un alejado, no se puede no sentir un cierto remordimiento. ¿Por qué este hermano está alejado? Porque no fue suficientemente amado. No ha estado suficientemente cuidado, formado, introducido a la alegría de la fe. Porque ha juzgado la fe desde nuestras personas, que la predicán y la representan; y desde nuestros defectos ha aprendido a tener fastidio, a despreciar, a odiar la religión. Porque ha escuchado más reprender, que prevenir e invitar”.

Porque ha podido entrever, quizás, algún interés inferior en nuestro ministerio y ha padecido escándalo.

Los alejados, frecuentemente son gente que tiene una mala impresión de nosotros, ministros de la religión; y repudian la religión; porque la religión coincide para ellos con nuestra persona. Suelen ser más exigentes que malos. A veces su anticlericalismo esconde un desdén respecto de las cosas sagradas, que creen envilecidas en nosotros. Pues bien, si es así, hermanos alejados, perdónennos.

Si no los hemos comprendido, si les hemos muy fácilmente rechazado, si no nos hemos ocupado de ustedes, si no hemos sido buenos maestros de espíritu y médicos de las almas, si no hemos sido capaces de hablarles de Dios como se debía, si los hemos tratado con la ironía, con la polémica, hoy le pedimos perdón.

Personalmente he encontrado a Giovanni Battista Montini sólo dos veces. Como arzobispo de Milán, en la ocasión de la inauguración del oratorio masculino de mi parroquia y como Pontífice el 8 de diciembre de 1975. Recuerdo sus ojos, aquellos ojos, espejo de su corazón grande, puerta abierta para dejarnos penetrar el tesoro de su alma, también descritos por el padre Piergiordano Cabra:

¡Aquellos ojos! Quien nunca los ha visto difícilmente pueda intentar explorar el misterio del Papa Montini.

Si su aspecto físico hablaba de fragilidad, los ojos de energía.

Si su porte era resignado, sus ojos eran subyugantes.

¡Frágil en el cuerpo, innominable en el espíritu!

No hubiera llamando un Concilio (“¡Qué avispero, Padre, qué avispero!” fue su primera reacción con el viejo maestro P. Bevilacqua), pero luego lo aceptó por la fe y lo continuó con la esperanza, y lo aplicó con la caridad.

Personalmente atacado, por su prudencia, por los progresistas; desafiado por los tradicionalistas por su fidelidad al Concilio, dejó correr las intemperancias de los primeros, pero fue firme con los segundos que no aceptaban el Concilio.

Considerado un intelectual inclinado a la política (raramente una alabanza), se demostró un político pragmático y previsor.

¡Hacía falta encontrar aquellos ojos!

Los ojos firmes e intensos del hombre Montini, que hacían honor al Hombre, por llevar adelante su tarea con fidelidad y dignidad, ¡aceptando fracasos sin deprimirse y éxitos sin exaltarse!

Los ojos severos y serenos del cristiano que conoce el precio del gozo y no quiere engañar ni decepcionar a nadie sobre la vía cristiana para la realización de sí.

Los ojos pensativos y confiados de Pedro, que conocía la inmensa capacidad humana para decepcionar, pero que, precisamente por medio de un arduo entrenamiento, recibe la responsabilidad de “confirmar a los hermanos en la fe”!

Los ojos profundos del Vicario de Cristo, que, mirando desde lo alto hacía abajo, no para humillar sino para decir que es posible elevarse cuando se deja mirar así: por un amor que viene de lejos para llevarnos lejos.

Los ojos de un Pontífice que lanza puentes entre aquello que somos y aquello a lo que somos llamados ser, entre ser y deber ser, entre la miseria humana y la misericordia divina y paternal.

Aquellos eran ojos de quien había visto y experimentado a Cristo como el mejor amigo, y se encontraban sorprendidos, apenados y confiados con aquellos que sentían a Cristo como su peor enemigo, quien amargaba los placeres y creaba perturbaciones.

Aquellos eran ojos firmes y dolientes de quien había visto en Cristo la expresión más alta de la humanidad y asistía el alejarse de aquellos que envolvían al Señor Jesús en el mito, despojándole del esplendor de los vestidos divinos.

Aquellos eran además siempre los ojos sencillos del niño Giovanni Battista Montini, que habiendo saboreado la belleza de la fe y que se encontraban, nunca resignados, con el misterio del mal y de su terrible poder en el corazón humano.

Aquellos ojos descuidados por artistas habrían podido dar energía a sus representaciones atormentadas de un testimonio templado y fuerte, probado pero no aplastado.

Aquellos ojos, forjados y nunca plegados, inolvidables, hoy me miran y me dan el bienvenido a su fiesta.